

UXUE RAZQUIN OLAZARAN

Cómo se le dice adiós a una madre

«Queridísima *amatxo*; corazón,
cariño y no sé qué más»

Un fragmento es algo difícil de romper. De ahí su permanencia. Casi todo lo que sabemos de otro tiempo ha llegado a nosotros en forma fragmentaria: lo incompleto es casi condición de sentido. [...] construimos sobre restos. Historias, lenguajes, vidas.

Saber, recordar, imaginar, todo es completar ese espacio vacío. Porque el fragmento indica lo que falta sin quedar atrapado.

Ernesto Hernández Busto,
La ruta natural

[...] Orain hobeto ulertzen dut
besteen heriotzen zama
aspaldi jasaten daramatenen
oinaze nagia:

bizi direnen presentzia
gure bistatik aldentzen diren ahala
lausotzen baita,
soinean daramatelako
eta haixek direlako
haren erantzule bakarrak [...]*

Jokin Erkoreka,
Banda

* Ahora entiendo mejor / el desconsuelo perezoso / de quienes
llevan tiempo aguantando / el peso de las muertes de otros:
/ la presencia de los vivos se desvanece a medida / que se
alejan de nuestra vista, / porque la llevan puesta y / ellos son
/ sus únicos responsables.

Yo CAVO ASÍ: sin uñas
con la cara sucia y las manos extendidas ha-
cia nada

cavo aunque sé que esta tierra no tiene fondo
cavo porque sé que esta tierra no tiene fondo

cuando me canso salgo a la superficie
sacudo mi ropa
e invento una historia que explique
el barro que queda entre mis dedos

Irati Iturritza Errea,
Brazos cortos

«¿POR QUÉ le hablas si no te oye?», pregunté. Ella solo me miró y eso hizo que me enfadara. «¿Por qué le hablas si no te oye?», repetí cuando se acercó a mi madre. Buscaba pelea. «Porque ella sigue aquí y se merece el mismo trato que las demás. Y a nosotras nos ayuda; de lo contrario sería muy difícil entrar en la habitación», me explicó con paciencia. No quería compasión. «No le queda mucho», dije levantándome del sillón. Crucé los brazos, rodeé mi llanto con una cuerda, hice un nudo y apreté. «No le queda mucho», insistí. Apreté con cien manos.

Una serpiente había mudado de piel, dejando atrás a mi madre: vieja, inútil, desechable. Si despertara no podría moverse, pensé. No podría incorporarse, apartar la sábana, salir de la cama, abrir la puerta, cruzar el pasillo, bajar a la planta cero en ascensor, salir por la puerta principal, llegar a casa después de un trayecto de veinte minutos andando. Las pieles no caminan. Solo se agrietan, se pudren. Mi madre se estaba pudriendo. Era un espectáculo grotesco y no podía dejar de mirar; me reconfortaba su respiración ruidosa, quejosa, y al mismo

tiempo me sacaba de quicio. Ella seguía ahí. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que alargarlo tanto?

«¿Suelen tardar mucho después de dormirlos?», pregunté. «¿A qué te refieres?», me contestó seria la enfermera. «Que si tardan mucho... en irse», dije, bajando la voz, avergonzada. «No pienses en eso ahora». La enfermera se despidió de mi madre, «adiós, bonita», y le prometió que volvería por la noche, «volveré por la noche para ver cómo estás». Me senté de nuevo en el sillón. Desde una esquina de la habitación, con el llanto desmayado, miré la cama vacía.

UN DÍA después de presentar mi Trabajo de Fin de Grado, con veinticinco años, me enfrenté a un cáncer que no era mío. A una sentencia de muerte. De estudiante a cuidadora. De los bolígrafos a las inyecciones de heparina. Del autobús a la ambulancia. De la mochila a la silla de ruedas. De los exámenes a los análisis. Preguntas de opción múltiple. CA 15-3. CA 27-29. Nuevo léxico: Biopsia. Carcinoma. Radioterapia. Quimioterapia. Tumor. Metástasis.

Un lenguaje que antes desconocía ahora sostenía mi casa. Reconocí aquellas palabras que hasta entonces habían pertenecido a otros: llegaron con una fuerza renovada, se arremolinaron y se desataron en mi interior; se levantó el viento. Las palabras cambiaron sin aviso, lo que me rodeaba desapareció: *puf*. Los dibujos animados lo hacen así: antes estaba aquí y ya no está, bomba de humo, y luego se disipa. Un truco de magia, saca un conejo de la chistera, ¿cómo lo ha hecho?

El hospital se convirtió en nuestra casa. Estrenamos las palabras de forma vacilante; las decíamos en alto, recogidas en un conjuro, había que hacerlo para entrar al nuevo mundo. Salían de la tripa, del mismo sitio que el llanto. La importancia de nombrar lo que nos da miedo.

Una habitación con eco.

TENEMOS LA costumbre de tapar el cuerpo y ponerlo bajo tierra. Si no, sería muy duro. No podríamos sacarlo a la mesa como un filete caducado; imagina el olor, el color grisáceo... ¿Qué hacemos con él? Sabemos cómo se pudre un cuerpo. No lo hemos vivido, pero nos lo han contado, lo hemos leído. ¿Cuánto tarda la descomposición? Y la de mi madre, ¿cuánto tardará?

Tuve que mirar dentro de la caja cuando nos enteramos, por casualidad, de que mi madre ocultaba una herida en el pecho: una abertura irregular. Supuraba. Era negra. Jamás había visto algo tan poco humano. De ahí podía salir cualquier cosa. Ella no dijo nada, se quedó impasible, parecía que la tuviera desde siempre, como una mancha de nacimiento. Hacía años que convivía con la muerte.

El día que nos enteramos de que tenía cáncer de mama, mi hermana y yo estábamos con ella, sentadas en su cama, una a cada lado. La habíamos ayudado a ducharse; desde hacía semanas no podía casi ni andar ni mantenerse erguida, estaba blanca, comía muy poco. Decía que era por la ciática; lo aceptamos sin pre-